

# La necesaria revisión de las representaciones religiosas en la actualidad

*André Fossion<sup>1</sup>*

En la práctica de la catequesis, se encuentran con frecuencia representaciones que frenan la maduración de la fe, la hacen difícil e incluso imposible. Es precisamente el problema de las representaciones deficientes de la fe cristiana el que quiero tratar hoy con vosotros. Como podéis suponer, éste no es un tema fácil, puesto que puede llevar a cuestionarse, a dudar o a poner en suspenso ciertas representaciones corrientes entre los catequizados, entre los responsables de la Iglesia, y también entre nosotros en cuanto catequetas.

Además, la temática que nos ocupa suele generar resistencia, puesto que interrogarse sobre las representaciones deficientes de la fe puede conducir a abandonar las creencias personales o a espinosos debates de fuerte resonancia afectiva. Por eso, cuando se va a trabajar sobre la transformación de las representaciones relativas a la fe cristiana en el ámbito catequístico se requiere mucha prudencia, discernimiento teológico y, como se verá más adelante, destreza pedagógica.

---

<sup>1</sup> Profesor en el Centro Internacional «Lumen Vitae» del que ha sido director de 1992 a 2002. Ha sido también presidente del Equipo Europeo de Catequesis. Colaborador habitual de la revista «Lumen Vitae» y escritor de diversas obras.

Mi exposición estará dividida en tres partes. En la *primera parte*, después de presentar una definición de **representación**, me interrogaré sobre lo que puede entenderse por «representaciones deficientes» en lo concerniente a la fe cristiana: de qué tipo son, de dónde vienen, cuáles son sus efectos. En la *segunda parte*, mostraré, a partir de ejemplos significativos, la necesidad de un trabajo *teológico* en profundidad que suscite representaciones más justas y adecuadas de la fe cristiana en la práctica de la catequesis. Pero el trabajo de reflexión teológica, en el centro mismo de la catequesis, no basta; es necesario que esté acompañado de un proceso *pedagógico* apropiado. Ésta será la temática de la *tercera parte* de mi exposición. En ella enunciaré las condiciones y los procedimientos pedagógicos que, en el desarrollo de una catequesis, pueden favorecer la transformación de las representaciones cuando son deficientes.

## **LAS REPRESENTACIONES DEFICIENTES DE LA FE CRISTIANA**

Antes de comenzar con el tema de las representaciones deficientes en el ámbito de la fe cristiana, tratemos de precisar qué es una *representación*.

### **¿Qué se entiende por *representación*?**

Como punto de partida, y a manera de hipótesis, veamos la definición que dan C. Garnier et L. Sauvé, la cual me parece pertinente para nuestro propósito. «Una representación es un fenómeno mental que corresponde a un conjunto más o menos consciente, organizado y coherente de elementos cognitivos, afectivos y del orden de los valores, que tienen que ver con un objeto particular. En este conjunto se encuentran elementos conceptuales, actitudes, valores, imágenes mentales, connotaciones, asociaciones, etc. Toda representación es un universo simbólico culturalmente determinado, en el que se forjan las teorías espontáneas, las opiniones, los prejuicios, las decisiones a la acción, etc.»<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> C. Garnier, L. Sauvé, Apport de la théorie des représentations sociales à l'éducation relative à l'environnement - Conditions pour un *design* de recherche, in Éducation relative à l'environnement - regards, recherches, réflexions, Arlon, Fondation Universitaire Luxembourgeoise, 1999, p. 66.

Detengámonos en los elementos de esta definición: Notemos, en primer lugar, que una *representación* no es simplemente una idea sobre un tema específico; es ante todo, un sistema de pensamiento, un conjunto conceptual complejo, estructurado, concerniente a un objeto dado. Este conjunto conceptual puede componerse de elementos diversos, cognitivos, afectivos o éticos. Puede estar asociado a imágenes mentales, valores, actitudes, recuerdos del pasado que se han convertido en elementos estructurantes del sujeto. Por eso, con frecuencia, las representaciones son resistentes y están dotadas de una fuerte resonancia afectiva. Las representaciones «habitan» la persona sin que ésta sea necesariamente consciente, por lo cual se toman como si «hicieran presente» adecuadamente lo real, cuando en efecto, al «hacerlo presente», lo ponen a distancia y lo reconfiguran. De hecho, las representaciones siempre son construcciones, artefactos mentales que cumplen funciones, no sólo de percepción, sino de interpretación de la realidad. Las representaciones, de alguna manera, son «máquinas pensantes». Es a través de ellas como el sujeto percibe y lee el mundo. También a partir de estas representaciones mentales el individuo va a actuar y a adoptar tal o cual actitud. Por último, señalemos que las representaciones tienen una dimensión social, ya que no son el resultado de individuos aislados, sino de colectividades. En otras palabras, se puede decir que las representaciones son parte de una cultura determinada que comparte los mismos supuestos y las mismas evidencias.

## **Representaciones deficientes en el ámbito religioso**

El campo religioso constituye, por excelencia, un espacio de representaciones ricas, múltiples y diversas. Un creyente, obviamente, está habitado por un conjunto de representaciones mentales que le permiten leer el mundo, vivir su fe, compartirla y celebrarla con los demás. También un no-creyente está habitado por representaciones religiosas.

Pero el asunto específico que nos ocupa hoy es el de las *representaciones* relativas a la fe cristiana que, bajo la mirada crítica de la razón humana, así

como de la fe, aparecen como *deficientes* y, por tanto, han de ser revisadas, trabajadas y transformadas.

Podemos distinguir cuatro tipos de «representaciones deficientes» en lo concerniente a la fe cristiana.

En primer lugar, consideremos las representaciones que aparecen como portadoras *de elementos neuróticos en el sentido psicológico del término*. Esto no significa, obviamente, que quienes las portan sean realmente neuróticos, sino que dichas representaciones no son humanizantes y pueden ser generadoras de neurosis. Estas representaciones manifiestan mecanismos psicológicos regresivos, infantilizantes, deshumanizantes, que se pueden discernir y poner en evidencia, tanto por un análisis psicológico como por una justa inteligencia de la fe. Este tipo de representaciones van en contra de la salud mental y de una vida de libertad en el espíritu del Evangelio. Ellas hacen que la vivencia de la fe sea una experiencia infeliz, servil, desasegurada, por la carga de miedo y de angustia que producen en el individuo, haciendo de él una persona dura con los demás y consigo misma. En última instancia, si el sujeto toma consciencia del problema, la fe se vuelve insoportable, imposible; entonces el individuo se rebela y abandona la fe. O, en el caso contrario, comienza un proceso de conversión y de completa revisión de sus representaciones.

Demos algunos ejemplos de este tipo de representaciones. Si yo imagino que Dios pasa su eternidad llevando la cuenta de mis «malos pensamientos», si me imagino el juicio final como el momento en que mis buenas y malas acciones van a ser pesadas en una balanza, si imagino que Dios puede infligirme, por su propia voluntad, la tortura eterna a causa de mis pecados, si imagino que la enfermedad que sufro es un castigo de Dios, si pienso que debo sufrir para expiar mis pecados y conseguir el perdón de Dios, si pienso que tal petición no ha sido escuchada porque no he rezado lo suficiente, si imagino que recibir la hostia en la mano es una falta de respeto, ya que tocarla es un privilegio reservado al orden sagrado del sacerdocio, etc., entonces, sin duda, mi vivencia de fe está mediatizada por representaciones marcadas por funcionamientos psicológicos neuróticos

que desvirtúan el mensaje cristiano y lo privan de su carácter de «Buena Noticia».

El *segundo tipo* de deficiencia que quiero destacar no es de tipo psicológico sino *cognoscitivo*. Es el caso de las representaciones que no resisten la confrontación con las ciencias, con la historia, o incluso con la teología. Se trata de representaciones que, al ser revisadas, resultan ser falsas, erróneas o tendenciosas. Ellas hacen difícil la fe porque la oponen al desarrollo del saber, incluso teológico. Por ejemplo, si yo creo que la creación del universo se desarrolló históricamente tal como lo cuenta la narración del Génesis, si creo que los relatos del Génesis fueron los primeros escritos de la Biblia puesto que aparecen al comienzo de la misma, si creo que los evangelios fueron escritos como un reportaje en directo sobre la vida de Jesús, si creo que un milagro es un suceso que escapa a las leyes de la naturaleza, si creo que las primeras comunidades cristianas vivían perfectamente el ideal evangélico, si creo que el celibato está intrínsecamente ligado al presbiterado, etc., mis creencias están simplemente ancladas en representaciones erróneas o, que en todo caso, merecen ser revisadas por la confrontación con informaciones o conocimientos mejor justificados.

El *tercer tipo* de deficiencia en las representaciones radica en la estrechez de sentido en relación con las virtualidades significativas y humanizantes de la fe. Estas representaciones deficientes no son psicológicamente nocivas, ni manifiestamente erróneas, pero sí son *demasiado cortas, demasiado pobres, demasiado mezquinas* en comparación con lo que la fe cristiana permite expresar y vivir. Por ejemplo, si confino la creación en el pasado sin ver que ella acontece ahora y que está todavía por acaecer, si entiendo la infalibilidad del papa sin considerar sus límites o su enraizamiento en el carisma de toda la Iglesia, si concibo la vida cristiana sólo en función de la práctica sacramental, sin referencia a la espiritualidad, a la moral, a la convivencia comunitaria, al servicio al mundo, yo quedo vinculado a representaciones pobres y mezquinas, muy cortas de sentido en relación con la comprensión justa y amplia de la fe y de la vida cristiana. Si uno está «habitado» por este tipo de representaciones religiosas, no quiere decir que

esté formalmente en el error, sino más bien en lo parcial y en lo parcializado. Lo que falta en estas representaciones es una visión orgánica de la fe cristiana.

El *cuarto tipo* de representaciones deficientes viene de *la falta de inculturación*. En este caso, las representaciones pueden ser correctas desde el punto de vista teológico, pero incomprensibles. Son representaciones que, probablemente, fueron adecuadas en el pasado y de las cuales subsiste el recuerdo, pero que ya no tienen sentido. En otras palabras, ante ellas se reacciona con la indiferencia, por ser difícilmente inteligibles en el contexto cultural actual. En otros tiempos, por ejemplo, la fe cristiana era esencialmente presentada y representada como un conjunto de verdades en las que se debía creer, de preceptos obligatorios y de sacramentos que el cristiano debía recibir. Este era el orden divino al que se debía obedecer. En la modernidad, en cambio, se valora la libertad, la autonomía, la historicidad, el derecho a la diferencia, etc. Por lo tanto, las mencionadas representaciones de la fe, ya caducas, la hacen hoy insoportable. Si todavía están presentes van a cumplir, las más de las veces, el papel de repelentes de la fe. La catequesis tiene en este caso el trabajo de saber si las representaciones de fe heredadas del pasado han sido convenientemente revisadas y trabajadas para que tengan sentido en el contexto cultural contemporáneo.

Resumo lo expuesto hasta aquí. He distinguido cuatro tipos de deficiencias en las representaciones de la fe cristiana: déficit de salud mental, déficit de exactitud, déficit de comprensión integral de la fe y déficit de inculturación de la fe. El discernimiento de estas deficiencias en las representaciones religiosas permite a la catequesis fijarse tareas específicas según el caso. A veces, la tarea será corregir las representaciones que muestran huellas de neurosis. En otras ocasiones, la labor se centrará en informar para aprender a superar las representaciones erróneas. Otras veces, habrá que desarrollar una comprensión integral de la fe que ayude a superar las representaciones parciales, demasiado limitadas y reducidas. Y otras, será necesario trabajar las representaciones de la fe de modo que ésta sea percibida en el contexto de nuestra cultura, como comprensible, salvadora y deseable.

A estas alturas probablemente os estaréis preguntando, ¿cómo cumplir con la tarea de la revisión de las representaciones en la catequesis? Para tal empeño, habrá que trabajar, al menos, en dos direcciones: *reflexión teológica* asociada a la *acción pedagógica*. Estos dos puntos son el objeto de la segunda y tercera parte de mi exposición.

## **REVISAR LAS REPRESENTACIONES: UN TRABAJO NECESARIO DE REFLEXIÓN TEOLÓGICA**

Para transformar las representaciones deficientes, la catequesis debe realizar, de común acuerdo con los catequizados, un esfuerzo de reflexión teológica. Situémonos hipotéticamente en una catequesis de adultos, porque ella puede iluminar otras situaciones catequéticas y, porque precisamente con los adultos es donde el trabajo de las representaciones conduce hacia cuestionamientos esenciales que van a hacer la fe posible o que, por el contrario, la impiden. Con tal propósito, desarrollaré, a continuación, cuatro ejemplos de trabajo con las representaciones, cada uno correspondiente a uno de los cuatro tipos de deficiencias distinguidas más arriba. Los ejemplos se refieren al pecado y al placer, a lo prohibido y a la libertad, a la revelación y a la fe trinitaria. Las pistas que esbozaré en cada uno de estos puntos podrían ser el tema de una catequesis de adultos.

### **El placer: ¿pecado o bendición divina?**

Vivimos en una sociedad donde la búsqueda del placer, la satisfacción de los sentidos (vista, oído, tacto, olfato, gusto) desempeña un papel esencial en la consecución de la felicidad y de una mejor calidad de vida. Las representaciones en las que el cristianismo aparece como enemigo del placer son frecuentes. Culturalmente hablando, el concepto de «pecado» resulta a menudo asociado a un placer ilícito que se habría robado a Dios o que Dios no permite. «¡Es tan bueno que casi es pecado!», anuncia un eslogan publicitario que dice mucho de las representaciones que asocian el pecado y el placer, como si este último fuera a priori sospechoso o incluso pecaminoso.

Recordemos, por otra parte, la imagen popular que sigue acosando los espíritus: la de *Eva partiendo la manzana y cayendo así en el pecado por dejarse seducir por un placer ilícito*. La predicación cristiana, hay que reconocerlo, ha contribuido a la difusión de estas imágenes. Con su tradición ascética, su invitación al sacrificio, con su insistencia en el alimento espiritual y el goce perdurable opuestos al alimento terrenal y a los placeres pasajeros, el cristianismo ratificó su aval a las representaciones que culpabilizan el placer. Incluso hoy, el discurso eclesiástico califica nuestra sociedad, con frecuencia y en forma peyorativa, de «hedonista», por ser una sociedad que estaría dedicada a la búsqueda de placeres superficiales que no estarían a la altura de la dignidad humana. Es pues comprensible que en la cultura contemporánea el cristianismo, en numerosos aspectos, se perciba, en las representaciones de muchas personas, como una religión triste y que considera sospechoso el placer. ¡Y no hablemos de su desconfianza ante el placer sexual! «Casi dos mil años de represión sexual, millones de vidas destruidas (neuróticas), es un costo muy elevado para una religión de amor<sup>3</sup>», dice un filósofo humanista, interpretando así la aversión de muchos hacia el cristianismo.

Pero ¿es el cristianismo verdaderamente enemigo del placer? ¿No tendríamos que transformar las representaciones del ambiente mostrando hasta qué punto una auténtica fidelidad a la tradición cristiana da todo su espacio al placer? En realidad, en la tradición judeo-cristiana no faltan elementos que permiten pensar que el placer es una bendición de Dios. Recordemos que, ya en el relato de la creación, Dios vio que todo lo que había hecho era bueno, muy bueno. *Los árboles del jardín son hermosos para la vista y sus frutos buenos para comer*. Y respecto al fin al que nosotros estamos destinados, el evangelio lo evoca con la imagen del festín nupcial, es decir, las delicias del amor y de la mesa. Como lo subraya Jean-Claude Guillebaud<sup>4</sup> en sus escritos, el misterio de la encarnación reivindica el goce del cuerpo y conduce a una mística de la carne. No existen, en este

<sup>3</sup> J. Sojcher, *Il n'y a pas plus de dieu que de sirènes* in: *Où va Dieu?* Revue de l'Université de Bruxelles, Bruxelles, Editions Complexe, 1999, p. 100.

<sup>4</sup> Jean-Claude Guillebaud, *La tyrannie du plaisir*, Paris, Seuil, 1998, Collection Points, n° 668.

sentido, placeres superficiales, pues los placeres de la vida son esenciales para el goce y la felicidad. Recordemos en este sentido el libro del Eclesiastés. El sabio Qohélet se siente más que todo desengañado de la vida. Pero desencantado con realismo. Él sabe disfrutar de los goces efímeros que son, para él, bendiciones de Dios. Dice, por ejemplo: «La única felicidad del hombre consiste en comer, beber y disfrutar del fruto de su trabajo, pues he comprendido que también esto es don de Dios» (Qo 3, 24). «Anda, come tu pan con alegría y bebe con buen ánimo tu vino, porque Dios ha aceptado tus obras. (...) Disfruta con la mujer que amas todos los días de la breve vida que Dios te ha dado bajo el sol» (Qo 9, 7-9). Así, según Qohélet, aunque la vida es insignificante, nos brinda momentos de felicidad de los que podemos disfrutar. «Qohélet, que critica constantemente las ilusiones de la vida, también canta la alegría de vivir, en tanto que ataca la espiritualidad ascética que desconfía del mundo y de sus placeres [...]. En otras palabras, el arte de vivir consiste en aprovechar los breves momentos de placer dados por Dios. Pues es Él quien los proporciona y permite vivirlos<sup>5</sup>».

Lo que importa en la catequesis de hoy es, en todo caso, transformar las representaciones que sospechan del placer, para que éste, por el contrario, pueda ser considerado como una bendición de Dios. Estamos destinados al placer. Y no por nada la Eucaristía asume la realidad del vino que alegra el corazón y el cuerpo del hombre para constituirlo como signo de la presencia de Dios entre nosotros, como signo de la nueva alianza.

Pero bien es verdad que, si la búsqueda del placer es legítima, también sabemos que puede tiranizarnos y llevarnos, por estupidez o malicia, a hacer el mal a los demás tanto como a nosotros mismos. Esto significa que reconocer la bondad del placer y celebrar la alegría de vivir, comprometen al mismo tiempo en la labor educativa —educación ética, educación a la prudencia, a la ecuanimidad y a la moderación— para que la búsqueda del placer sea responsable y no dé lugar al egoísmo, a la injusticia, la domina-

<sup>5</sup> Jacques Vermeylen, *La sagesse de la Bible*, Revue Théologique de Louvain, n° 35, 2004, pp. 461-462.

ción, la depravación y a todo tipo de violencias. En pocas palabras, en la catequesis debemos tener una comprensión de la fe y de la vida cristiana que dé todo su lugar al placer y que forme, al mismo tiempo, en la responsabilidad con los demás y consigo mismo.

### **La prohibición de Dios: ¿un límite a la libertad o una condición de libertad?**

En este segundo ejemplo, hablamos de una representación de la prohibición de Dios muy común, pero basada en una comprensión errónea de esta prohibición.

Muchas personas perciben a Dios bajo la forma de la prohibición que pone límites a la libertad humana. La afirmación de Dios pesa sobre el hombre como una amenaza para su libertad. Si Dios existe, ¿sigo siendo libre? Si Dios existe, ¿no estoy obligado a vivir en la sumisión? Dios aparece entonces como un estorbo. ¿No tenemos que liberarnos de él para ser libres? Estamos aquí ante una pregunta crucial que muchos de nuestros contemporáneos zanján con la negación de Dios en nombre de la grandeza del hombre<sup>6</sup>. Pero la libertad humana ¿es verdaderamente incompatible con la afirmación de Dios? ¿La alteridad de Dios empaña necesariamente la autonomía del hombre? Este cuestionamiento nos invita a revisar el relato del Génesis, ya que sus diversas interpretaciones han tenido una influencia enorme en las representaciones de Dios. Veamos cómo podríamos tratar el tema en el contexto de una catequesis de adultos.

En el relato todo comienza con el don de un magnífico jardín y de un permiso ilimitado. «Puedes comer de todos los árboles del jardín». Luego viene la prohibición: «pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal porque si comes de él, ciertamente morirás». Esta interdicción

---

<sup>6</sup> Véase, por ejemplo, Luc Ferry, *L'homme Dieu, ou le sens de la vie*, Paris, Grasset, 1996. (También disponible en edición de bolsillo).

no es, de ninguna manera, una prohibición absoluta, puesto que deja abierta la posibilidad de la trasgresión; pero de esta manera compromete la libertad, haciéndola responsable de la vida y de la muerte. En adelante, el ser humano sabe que puede actuar para invertir la creación y dirigirse hacia la muerte. Ahora bien, ¿en qué consiste esta prohibición? Es como si Dios dijera: «Yo os doy la vida, pero por favor, no matéis». La prohibición «no matar» llega al mismo tiempo que la posibilidad de vivir; la prohibición de la violencia garantiza a todos la libertad de vivir seguros. O, de igual forma, es como si Dios hubiera dicho: «Podéis ir a cualquier parte y tomar cualquier ruta, pero ¡cuidado!: id por la derecha, no conducáis por la izquierda». ¿Por qué? Porque también están los demás. Si se va en coche de cualquier manera, se producirán atascos y accidentes, y la posibilidad de ir y venir se hará imposible. De hecho, la prohibición de ir por la izquierda no impide para nada la posibilidad de circular; al contrario, la hace posible. Aquí es importante entender que la prohibición no tiene como objeto limitar la autorización, sino, por el contrario, hacerla posible. Tenemos aquí una tarea fundamental que realizar con las representaciones. La prohibición de Dios no limita la libertad, antes al contrario, permite vivir en la libertad. La prohibición es la condición de la libertad. En realidad, lo que está prohibido no es exactamente la libertad, sino lo arbitrario, es decir, una forma de ser que consiste en hacer lo que uno quiere, sin ninguna responsabilidad ni respeto alguno por los demás ni por sí mismo. Pero si se vive en la arbitrariedad, si se puede matar, robar, violar, mentir, etc., entonces la vida, y por lo tanto la libertad, se hacen imposibles. Desde este punto de vista, las prohibiciones divinas, como en el caso del decálogo o las prohibiciones fundamentales que rigen en la educación —no herir, no mentir, no robar—, no sofocan la libertad sino que, por el contrario, garantizan las condiciones para la vida social en libertad. Pero la serpiente, es decir, lo diabólico, lo que divide, cambia el sentido de la prohibición: ofrece una representación de Dios que limita la libertad del hombre reservándose privilegios que él no quiere compartir. Y al decir esto, hace de Dios un adversario del que se debe desconfiar. Este relato del Génesis que acabo de evocar es un texto muy rico que permite expresar, trabajar y transformar las representaciones que tenemos de Dios.

## **La revelación: ¿alienación-humillación de la inteligencia humana o la generación de la palabra de Dios por parte del hombre?**

El tercer ejemplo de reflexión teológica se refiere a la representación que se tiene de la revelación. En este punto se verá que, para superar las representaciones deficientes que voy a señalar, es necesario desplegar una inteligencia orgánica de la fe.

¿No es la revelación una humillación-alienación de la inteligencia humana? Para muchos de nuestros contemporáneos, en efecto, el cristianismo se presenta como un dogmatismo que pretende imponerse desde arriba, en nombre de una verdad infaliblemente revelada. O bien es percibido, incluso, como un oscurantismo que controla la razón, maniatándola, en lugar de motivarla para que avance lo más lejos posible. En los ambientes intelectuales, donde la investigación científica está enraizada en la cultura, la sola idea de la revelación irrita el espíritu, hiere la sensibilidad del hombre moderno capaz de pensar por sí mismo. La revelación, en efecto, parece que obliga al hombre a una escucha servil.

Sin embargo, una visión orgánica de la fe permite otra forma de representación de la revelación. Creer que son los hombres los que hablan de Dios y que los mismos hombres son quienes, con toda libertad e inteligencia, reconocen en la palabra que ellos han pronunciado el soplo divino, la palabra de Dios que se ha hecho carne y les habla en lenguaje humano, es lo específico de la tradición judeo-cristiana —diferente en este sentido del Islam—. Dicho de otro modo, en la tradición judeo-cristiana, Dios es reconocido como alguien que habla a los hombres a través de los hombres que hablan de Él. «Él habló por los profetas», dice el Credo. Desde este punto de vista, podemos pensar que Dios, al crear, al dar la vida, se retiró en el silencio para dejar al hombre la plena iniciativa. Y, de esta forma, es el mismo hombre quien, al preguntarse por su existencia, empieza a hablar de Dios, sacándolo así de su silencio. Dios no entra pues en la historia como un intruso o utilizando la violencia. Si él habla a los hombres, si él puede

ser reconocido como dirigiéndose al hombre, es por medio de los hombres que, en una misteriosa comunión de espíritu con él, le ofrecen hospitalidad en su lenguaje, en el espacio mismo de la razón y del diálogo. Y así como María, figura de la humanidad, es madre de Dios, ¿no podemos decir que la humanidad da a luz la palabra de Dios? Esta forma de comprender la revelación y de vivir la fe no da lugar ni al oscurantismo ni al dogmatismo. La inteligencia crítica, la libertad y la acción humana son así totalmente respetadas, desde el principio hasta el fin.

### **La confesión trinitaria: ¿fórmula abstracta o representación significativa?**

Consideremos un último ejemplo en el tema de las representaciones. De hecho, en el ejemplo que aquí voy a proponer, se tratará de pasar de un término heredado de la tradición que ya no tiene sentido, a una representación significativa. Que Dios sea uno en tres personas iguales y distintas, es una afirmación que deja indiferentes a muchos. La evocación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en cada señal de la cruz, sigue siendo una fórmula vacía que numerosos cristianos no relacionan con representaciones significativas. ¿Qué hacer, entonces?

El primer hecho que se ha de resaltar en la catequesis es el enraizamiento de la fe trinitaria en la vida de Jesús, de la cual los Evangelios dejan huella. Jesús llamaba a Dios «Padre» y entre él y su Padre estaba la presencia del Espíritu. Desde el principio, los cristianos comenzaron a reunirse después de Pascua, proclamando la Buena Noticia, bautizando, celebrando «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu». Esta invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu ha dado lugar a serias preguntas en la cultura de cada época. ¿Habrá tres dioses? ¿Padre, Hijo y Espíritu Santo no son más que aspectos de un mismo Dios? Si son tres, ¿no hay uno más grande que los otros dos? A estas preguntas, los concilios han respondido: «hay un solo Dios en tres personas distintas, iguales en su divinidad». Esta es la base de toda la teología trinitaria. La fórmula es bien conocida y proclamada en el Credo.

¿Cómo lograr que la confesión trinitaria avance hacia representaciones más significativas? Me parece que, ante todo, se debería resaltar que la confesión trinitaria habla de un Dios que es, en sí mismo, comunión amante entre distintas personas. Él es, por su misma naturaleza divina, movimiento de dar, recibir, devolver; dinamismo que constituye la esencia del amor, sea éste filial, paterno, maternal, amistoso, conyugal. Dios es, según la fe cristiana, comunión amante y fecunda. Dios, por supuesto, será siempre un misterio que se nos escapa, más allá de toda representación. Sin embargo, en el misterio de Dios podemos reconocer, por lo menos, un modo de comunicación, que unifica, a la vez que personaliza y diferencia, con igual dignidad. Aquí tenemos la figura de una comunicación que unifica, que diferencia y personaliza sin que ni la unidad, ni la diferencia den lugar a la dominación. Me parece que, cuando comprendemos así la profesión de fe trinitaria, el misterio del Dios trino toca de cerca nuestra vida y le comunica una manera de ser. Siempre que tratamos de hacer la unidad entre nosotros, favoreciendo las diferencias, sin que, ni la unidad ni la diferencia, den lugar a la violencia, entonces es cuando Dios habita en nosotros y nos engendra a su vida. Entrar en este modo de representar el misterio de Dios uno y trino, me parece que nos da la oportunidad de vivir la confesión de fe trinitaria de manera significativa.

Puntualicemos. En esta segunda parte de mi exposición he querido recordar, a partir de ejemplos, que la práctica de la catequesis no puede prescindir de una reflexión teológica de calidad que ponga en movimiento las representaciones, para corregirlas, para afinarlas, para hacerlas más significativas, más vitales. En medio de las transformaciones culturales que caracterizan nuestra época, no nos podemos permitir la pereza intelectual. Los catequizandos tienen derecho a esperar que la catequesis les permita acceder a representaciones de la fe que logren hacerlos vivir y comprometerse con inteligencia y gozo en el mundo de hoy.

Pero la reflexión teológica en la práctica de la catequesis es inseparable de un proceso pedagógico.

## REVISAR LAS REPRESENTACIONES: UNA LABOR PEDAGÓGICA

Revisar las representaciones es un acto de aprendizaje que requiere un conjunto de condiciones y procedimientos pedagógicos. Antes de precisar algunos de estos procedimientos, analicemos en qué consiste el aprendizaje.

### El aprendizaje de representaciones mejores supone un «desaprendizaje»

Las ciencias pedagógicas contemporáneas consideran que el que aprende —el principal actor de su propio aprendizaje— nunca se encuentra vacío de representaciones precedentes. El aprendizaje nunca se produce a partir de cero; por el contrario, siempre comienza por la movilización de conocimientos previos. Estos constituyen, de algún modo, los puntos de anclaje, las estructuras previas para las nuevas representaciones. Todo aprendizaje es, por lo tanto, una transacción entre representaciones ya existentes en el sujeto y las nuevas representaciones que van a injertarse, por así decirlo, en las ya existentes, para desarrollarlas, enriquecerlas, o bien para refutarlas y transformarlas.

En ciertos casos, es posible que las representaciones previas sean las adecuadas para recibir los nuevos saberes; cuando así ocurre, ellas van a verse desarrolladas, enriquecidas, aumentadas. Pero sucede, a menudo, que las representaciones existentes son deficientes y no compatibles con las nuevas representaciones, más justas y precisas. En ese caso, para aprender, el sujeto debe desaprender con el fin de abrir campo a las nuevas representaciones, más razonables y precisas. «El conocimiento se sitúa así, tanto en la prolongación de lo ya adquirido, que constituye el marco de referencia inicial [...], como en la ruptura con respecto a ellas [...] pues todo tiene que ser reorganizado de una nueva manera, según otro modelo de pensamiento»<sup>7</sup>. Por eso, el aprendizaje pasa por un conflicto cognitivo, por un

<sup>7</sup> André Giordan y Gérard de Vecchi, *Les origines du savoir. Des conceptions des apprenants aux concepts scientifiques*, Neuchâtel-Paris, Delachaux et Niestlé, 1987, p. 66.

encuentro conflictual con representaciones diferentes que conducen al sujeto a abandonar sus anteriores representaciones o, en todo caso, a una reorganización o reestructuración de sus representaciones previas. «De hecho, para aprender, el sujeto debe ir, las más de las veces, en contra de una concepción anterior; pero sólo podrá hacerlo, «yendo con», hasta que ésta llegue a su fin. Entonces aquélla le parecerá limitada y menos fecunda que la otra nueva que él ya habrá podido formular»<sup>8</sup>. En este caso, es el conjunto de la estructura mental de la persona la que se transforma. Se debe tener en cuenta, eso sí, que este aprendizaje por medio del desaprendizaje y la reorganización de concepciones exige no poca energía. Este desaprendizaje, en efecto, puede crear en el sujeto que aprende inseguridad, inquietud y desarraigo. Y si no se le ayuda debidamente a pasar a la nueva representación, más razonable, es muy posible que vuelva a sus concepciones anteriores. Efectivamente, sucede con frecuencia que, ante la inseguridad suscitada por la nueva representación, por la complejidad de los nuevos elementos que ha de integrar, el sujeto se aferre a las representaciones pasadas, las cuales van a permanecer en él, organizando en profundidad su visión de las cosas, sin modificarlas. El acto de aprender y desaprender, como se ve, es complejo, incierto y demanda gran habilidad por parte del educador, del profesor, del catequista.

### **Las etapas pedagógicas de la transformación de las representaciones**

Voy a proponer ahora, de manera esquemática obviamente, un proceso pedagógico en seis etapas para la transformación de las representaciones.

1. Momento preliminar: pregunta inicial sobre un tema determinado

Todo aprendizaje comienza por una pregunta que los catequizados se hacen o que el catequista plantea. Preguntar, detenerse en un problema, es abrir

---

<sup>8</sup> André Giordan, *Les conceptions des apprenants*, in: *La pédagogie: une encyclopédie pour aujourd'hui*, Paris, ESF Editeur, 1993, p. 265.

las puertas para emprender un camino de aprendizaje. Veamos un ejemplo de pregunta. ¿En qué consiste el juicio final? ¿Cómo entender el juicio de Dios?

## 2. La expresión de las representaciones espontáneas

La respuesta a la pregunta formulada comienza por dejar que los catequizados expresen sus representaciones al respecto. Algunos, sin duda, dirán que en el juicio final, Dios retribuirá a cada uno según sus méritos. En esta representación, el juicio de Dios se entiende mediante la imagen del balance y de la balanza que pesa los pros y los contras. Los buenos serán recompensados y los malos serán castigados. Estas representaciones, que vienen espontáneamente a la mente, forman parte del psiquismo humano; consideran la justicia de Dios con una lógica calculadora y retributiva y, además, tienen su justificación en las Escrituras, donde las ideas de retribución, de recompensa y de castigo no están ausentes. Así, en el Apocalipsis «Estoy a punto de llegar con mi recompensa y voy a dar a cada uno según sus obras» (Ap 22,12). Supongamos que sea la representación de la justicia retributiva la que se expresa espontáneamente en nuestro ejemplo.

## 3. La confrontación de representaciones diferentes

La finalidad de esta tercera etapa es producir la confrontación con otras representaciones. Es un momento de debate, de conflicto entre representaciones que claramente no son equivalentes. Pedagógicamente hablando, es importante que los catequizados mismos, a partir del trabajo con documentos, con textos bíblicos, etc., descubran otras representaciones diferentes de las que han expresado de forma espontánea.

Volvamos a nuestro ejemplo de la justicia de Dios. En el Nuevo Testamento, la idea de la redención ofrecida a la multitud, de riqueza infinita de la gracia de Dios, del perdón, del amor incondicional para los buenos y los malos, domina sobre la de una retribución calculadora. Tenemos aquí un buen ejemplo de un conflicto cognitivo entre distintas representaciones que compiten y ponen la mente a trabajar.

¿Cómo puede ayudar el catequista a los catequizados a entrar en el debate, a resistir el conflicto con sus anteriores representaciones y a emprender la construcción de nuevas representaciones mentales? Lo primero que el catequista debe hacer valer en el conflicto de representaciones es poner de relieve la centralidad del misterio pascual. Él ilumina todas las cosas y da la clave para entender y avanzar en el debate. ¿Qué significa el misterio pascual? Jesucristo en la cruz, habiendo sido injustamente crucificado, amó hasta el extremo. No respondió a la violencia con la violencia sino con el perdón. Y Dios le hizo justicia, y en testimonio de ello lo ha resucitado. Dios estaba, por lo tanto, con él. Así, si queremos saber cómo ama Dios, debemos mirar a Jesucristo. Si queremos saber quién es Dios, debemos mirar al rostro de Cristo. La contemplación del misterio pascual nos dice que el amor de Dios, manifestado en Jesucristo, es incondicional. Nada puede separarnos del amor de Dios, ni siquiera nuestro pecado. No nos es posible apagar el amor de Dios por nosotros. La justicia de Dios no puede hacer el mal; no puede devolver mal por mal. No nos puede infligir una pena y una condenación eterna. Dios no está ahí para amenazarnos con el infierno y para someternos a la tortura eterna, sino para liberarnos del infierno en el que nosotros mismos podemos caer. «No he venido para condenar al mundo sino para salvarlo» (Jn 12,47). El catequista, deberá, por lo tanto, ayudar a los catequizados a transformar sus representaciones a la luz del misterio pascual.

Para apoyarlos y permitirles avanzar, debe equiparlos de buenas y apropiadas distinciones. Por ejemplo, la distinción entre, de una parte, la justicia vindicativa o vengativa que responde al mal con el mal correspondiente, o con una violencia aún mayor y, de otra parte, la justicia reparadora que no hace el mal, pero interpela a devolver el mal con el bien. La justicia de Dios es reparadora, jamás vengadora. La distinción entre «justicia vengadora» y «justicia reparadora» puede ayudar a los catequizados a avanzar hacia representaciones más apropiadas de la gracia de Dios revelada en el misterio pascual. Y si se evoca, por ejemplo, la «ira de Dios» también se puede hacer otra distinción: diferenciar entre la «ira» y la «indignación». La ira es la pérdida de control de sí mismo que conduce al mal y a la violencia. Por el contrario, la indignación, no hiera, no devuelve mal por mal;

en cambio llama a restablecer la dignidad de todos. En este sentido, Dios no conoce la ira, pero su palabra puede resonar como una llamada vibrante a restablecer la dignidad allí donde ha sido ultrajada. Esta es, además, la dinámica de la resurrección: por la resurrección, Dios hace justicia, testimonia y devuelve la dignidad de aquél que ha sido tratado indigna e injustamente.

#### 4. La verificación y confirmación de las nuevas representaciones

La etapa precedente, en la cual tiene lugar el desaprendizaje y la construcción de nuevas representaciones, es fundamental pero no suficiente. También conviene que las representaciones recién alcanzadas y aún en todo su frescor, sean verificadas y probadas por los catequizados como adecuadas y útiles; si no, corren el riesgo de desaparecer y dar paso de nuevo a las viejas representaciones. Por eso, se debe pasar por una etapa suplementaria que, a veces, se denomina en pedagogía etapa de «fijación o de consolidación de logros». Esta etapa consiste en asignar al catequizado una nueva tarea o en plantearle una nueva pregunta para que la responda, de tal manera que pueda comprobar hasta qué punto las representaciones recientemente adquiridas son realmente pertinentes, fecundas y útiles para cumplir con la tarea asignada o para resolver el cuestionamiento planteado. La consolidación de lo que se ha logrado se puede conseguir de diversas maneras.

Se puede, por ejemplo, analizar un conjunto de textos de la Escritura: la parábola de los obreros de la última hora, el relato del diálogo entre Jesús y el buen ladrón en la cruz, pasajes de San Pablo acerca de la salvación por la gracia, o bien la primera carta de Juan: «Si alguno peca, tenemos ante el Padre un abogado, Jesucristo, el justo» (1 Juan 2, 1). En esta etapa de confirmación se trata de que el catequizado verifique que las nuevas representaciones que ha logrado adquirir son herramientas útiles para reflexionar, para resolver problemas, para guiarse en la vida. Transformar lo adquirido en instrumento de trabajo y reflexión es apropiárselo, experimentándolo como una buena regla para pensar y vivir. ¿Cómo ser justo a imagen de Dios cuando, por ejemplo, en la familia un hijo ha obrado mal? Lo primero es hacerle tomar conciencia del mal cometido; es la prueba de la verdad. Lo segundo es

invitarle a reparar, en la medida de lo posible, a poner vida donde ésta ha quedado herida. Y en tercer lugar, decirle, «A pesar de todo, yo te amo».

#### 5. El recuerdo o memoria del camino recorrido

Para consolidar aún más los logros del proceso, siempre es posible pasar por otra etapa suplementaria que consiste en recordar el trayecto recorrido. Es importante a este respecto que el sujeto sea capaz de repetir lo que ha descubierto, y de explicar el trayecto que lo llevó a pasar de tal representación a tal otra más adecuada. De esta forma, conservará en su memoria, no solamente las nuevas representaciones que ha logrado adquirir, sino el camino que tuvo que recorrer para pasar de las primeras a las siguientes representaciones.

#### 6. La comunicación de lo logrado

Por último, se puede invitar a los catequizados a comunicar a otros los logros de este proceso. En efecto, no se posee plenamente sino aquello que uno es capaz de comunicar. ¿No sería oportuno, por ejemplo, que un grupo de catequizados hiciera partícipe a toda la comunidad parroquial, de una u otra manera, —mediante el estudio de un texto, de un testimonio, de una presentación artística...— lo que ha descubierto, trabajado y logrado en la catequesis? En realidad, la habilidad de comunicar lo aprendido, es el signo de un aprendizaje bien conseguido.

En definitiva y como conclusión, en esta intervención, después de definir qué se entiende por «representación», he individuado diferentes tipos de deficiencias en las representaciones religiosas concernientes a la fe cristiana: la carencia de salud psicológica, de exactitud, de inteligencia orgánica de la fe o de inculturación. La transformación de estas representaciones inadecuadas requiere un trabajo de reflexión teológica con los catequizados según su nivel. Por último, he querido mostrar de qué manera este trabajo de reflexión teológica pone en movimiento todo un conjunto de procedimientos pedagógicos que ayudan y acompañan a los sujetos en el desaprendizaje de las interpretaciones antiguas y en el aprendizaje de nuevas y más apropiadas representaciones.